

Introducción a la semana

El domingo que abre esta semana pascual viene llamándose 'el de las apariciones', pues en los tres ciclos la página evangélica nos muestra al Señor resucitado con los suyos, y en una comida compartida; no es de extrañar que las comunidades cristianas vean una alusión a la mesa abierta que es la eucaristía, 'donde comemos y bebemos el pan y el vino de la vida' como reza un himno de la Liturgia de las Horas.

Las lecturas de este tercer domingo pascual pivotan entre el valiente discurso de Pedro a la gente, aunque recortado en cuatro versículos, apretado resumen del contenido de la predicación apostólica, y un fragmento de la primera Carta de Juan donde pone en evidencia la contradicción entre afirmar que se conoce a Dios y no se guarda su Palabra. Buena oferta de ánimo para perder el miedo a vivir lo que decimos creer.

Las primeras lecturas de los tres días de la semana nos presentan a Esteban, mártir en el sentido más pleno de la expresión, que nos deja el admirable encargo de creer en el Dios que ha enviado a Cristo Jesús. En los restantes días, asistimos a episodios tan señeros como el de Felipe o el impresionante relato de la conversión de quien otrora se ensañaba con la Iglesia, Saulo de Tarso.

Los fragmentos evangélicos tienen el hilo conductor del profundo discurso del Pan de la Vida, que en el relato de Juan se apoya en la multiplicación de los panes y los peces. Ocasión para acoger en nuestro corazón a quien se nos da como alimento y mejor razón de vivir.

La semana contempla, además, a dos importantes protagonistas de nuestra vida cristiana; el miércoles será San Marcos, colaborador en la predicación de Pablo y Pedro y autor del segundo evangelio; y al sevillano San Isidoro, de familia de santos y grandes servidores de la comunidad cristiana, que trabajó como pocos en la formación del pueblo de Dios y en la dignificación de la liturgia. Dos puntos de referencia que, sin dudar, coadyuvan a nuestro mejor decir y vivir acerca del que vive y es el alimento de nuestro camino.

Lun

23

Abr

2012

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

“Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura ”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 6, 8-15

En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo. Unos cuantos de la sinagoga llamada de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; pero no lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba.

Entonces indujeron a unos que asegurasen:

«Le hemos oído palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios».

Alborotaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas, y, viniendo de improviso, lo agarraron y lo condujeron al Sanedrín, presentando testigos falsos que decían:

«Este individuo no para de hablar contra el Lugar Santo y la Ley, pues le hemos oído decir que ese Jesús el Nazareno destruirá este lugar y cambiará las tradiciones que nos dio Moisés».

Todos los que estaban sentados en el Sanedrín fijaron su mirada en él y su rostro les pareció el de un ángel.

Salmo

Sal 118, 23-24. 26-27. 29-30 R/. Dichoso el que camina en la ley del Señor

Aunque los nobles se sienten a murmurar de mí,
tu siervo medita tus decretos;
tus preceptos son mi delicia,
tus enseñanzas son mis consejeros. R/.

Te expliqué mi camino, y me escuchaste:
enséñame tus mandamientos;
instrúyeme en el camino de tus mandatos,
y meditaré tus maravillas. R/.

Apártame del camino falso,
y dame la gracia de tu ley;
escogí el camino verdadero,
deseé tus mandamientos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 22-29

Después de que Jesús hubo saciado a cinco mil hombres, sus discípulos lo vieron caminando sobre el mar. Al día siguiente, la gente que se había quedado al otro lado del mar notó que allí no había habido más que una barca y que Jesús no había embarcado con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían marchado solos. Entretanto, unas barcas de Tiberíades llegaron cerca del sitio donde habían comido el pan después que el Señor había dado gracias. Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús.

Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron:

«Maestro, ¿cuándo has venido aquí?».

Jesús les contestó:

«En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros.

Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios».

Ellos le preguntaron:

«Y, ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?».

Respondió Jesús:

«La obra de Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado».

Reflexión del Evangelio de hoy

Aunque la figura señera de san Esteban tiene su propia fiesta litúrgica, hoy la Primera Lectura está dedicada a él. En concreto, se nos narra su detención y acusaciones ante el Sanedrín y, más tarde, su martirio.

En el Evangelio, y no sólo hoy sino a lo largo de la semana, san Juan tratará el Discurso sobre el pan de vida. Una extensa discusión de Jesús con sus oyentes después del milagro de la multiplicación de los panes y su marcha sobre el agua.

“Los consuelos de Dios o el Dios de los consuelos”

La gente busca a Jesús, pero Jesús, sabedor de sus intenciones, les reprocha sus intenciones: “Os lo aseguro: me buscáis, no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros”. No es que le extraña a Jesús, pero les corrige para que no se queden en el consuelo, sino que calen en el mensaje que encierra. Buenos son los milagros, las curaciones y las múltiples atenciones de Jesús, pero su finalidad última era que llegaran a la persona de su Padre, cuyo rostro y perfil les estaba mostrando.

Pero, repito, a Jesús no le extraña porque sabe de qué pasta estamos hechos los humanos. Por eso, con una paciencia infinita, va tratando de que capten su misterio, su misión, su Reino. Va tratando de que lleguen, al través de imágenes, parábolas, ejemplos y correcciones, a la verdadera fe: “Yo soy el Pastor, la luz, el camino, la verdad y la vida”.

El Evangelio nos mostrará también modelos de personas que buscan no sólo los consuelos de Dios, de Jesús, sino al Dios de los consuelos. La armonía la vemos, una vez más, en María, su madre; en María Magdalena, en Lázaro, Marta y María, como ejemplos quizá más representativos. La armonía de los que buscaban consolarse, consolando a Jesús y procurando que se sintiera a gusto con ellos

“El trabajo que Dios quiere”

Sigue siendo la pregunta intemporal que todos nos hemos hecho alguna vez: “Señor ¿qué quieres que haga?” “¿Qué hacer para agradarte?” “¿Qué hacer para cumplir con mi deber en profundidad?” “¿Cómo podemos ocuparnos en el trabajo que Dios quiere?”

“Este es el trabajo que Dios quiere: que creáis en el que él ha enviado”. Nosotros sin tiempo para lo que creemos que tenemos que hacer. Y venga a hacer proyectos y llevar a cabo trabajos, y oímos hoy a Jesús decir que el trabajo que Dios quiere es otro. Y nosotros preocupándonos por las buenas obras y las mejores realizaciones, y parece como si Jesús estuviera pidiendo otra cosa.

Siguen siendo necesarias las buenas obras y ojalá tuviéramos tiempo para más proyectos por y para el Reino de Dios. Pero, con Dios al fondo, fiándonos de Dios. ¿El modelo? El mismo Jesús. Pasó por la vida haciéndolo todo bien. Predicaba, atendía, curaba, socorría a todos. Y lo hacía dando gracias a su Padre Dios, y pidiendo y orando a su Padre.

Se dedicó a los demás como si no tuviera más que hacer; y siempre encontró momentos para ponerse en contacto con su Padre como si fuera el único cometido de su vida. Así nos mostró lo que nos dijo: “El trabajo que Dios quiere es que creáis”, que confiéis, que os fiéis, y que, luego, viváis con coherencia.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Mar
24
Abr
2012

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

“Mi Padre es quien os da el verdadero Pan del cielo”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 7, 51 — 8, 1a

En aquellos días, dijo Esteban al pueblo y a los ancianos y escribas:

«¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo, lo mismo que vuestros padres. ¿Hubo un profeta que vuestros padres no persiguieran? Ellos mataron a los que anunciaban la venida del Justo, y ahora vosotros lo habéis traicionado y asesinado; recibisteis la ley por mediación de ángeles y no la habéis observado».

Oyendo sus palabras se recomían en sus corazones y rechinaban los dientes de rabia. Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijando la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo:

«Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios».

Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos; y, como un solo hombre, se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los testigos dejaron sus capas a los pies de un joven llamado Saulo y se pusieron a apedrear a Esteban, que repetía esta invocación:

«Señor Jesús, recibe mi espíritu».

Luego, cayendo de rodillas y clamando con voz potente, dijo:

«Señor, no les tengas en cuenta este pecado».

Y, con estas palabras, murió.

Saulo aprobaba su ejecución.

Salmo

Sal 30. 3cd-4. 6 y 7b y 8a. 17 y 21ab R/. A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu

Sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,
tú que eres mi roca y mi baluarte;
por tu nombre dirígeme y guíame. R/.

A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás.
Yo confío en el Señor.
Tu misericordia sea mi gozo y mi alegría. R/.

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu misericordia.
En el asilo de tu presencia los escondes
de las conjuras humanas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 30-35

En aquel tiempo, el gentío dijo a Jesús:

«¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: “Pan del cielo les dio a comer”». Jesús les replicó:

«En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo».

Entonces le dijeron:

«Señor, danos siempre de este pan».

Jesús les contestó:

«Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Señor Jesús, recibe mi espíritu” “ Señor: no les tengas en cuenta este pecado”

El martirio de San Esteban tiene lugar por la intransigencia de cuantos le escuchaban, que no quieren aceptar la verdad que proclama Esteban, se sienten poseedores de toda la verdad y lo que más les duele es oír que no observan la Ley; ellos que hacían gala de su fidelidad a la misma, eran los “Maestros de la Ley”.

La afirmación de que “El Hijo del hombre”, a quien ellos habían crucificado, estaba sentado a la derecha del Padre, era decir que Jesús participaba de la soberanía de Dios. Para el monoteísmo judío esto era una blasfemia y así acusan a Esteban de blasfemo. Los presentes se lanzan contra él, lo sacan de la ciudad y lo apedrean, entendían que de ese modo eran cumplidores de la Ley.

Esteban muere por defender la verdad de Cristo: como Él, entrega su Espíritu al Padre y pide perdón por los que le estaban matando.

En nuestros días también hay mucho fundamentalismo, quienes creen ser poseedores de toda la verdad, y son incapaces de buscar la verdad del otro respetando la verdad de los demás. También hay persecuciones, unas manifiestas y otras solapadas, que hacen la vida imposible a quienes no piensan como ellos.

Aprendamos con sencillez a respetar la verdad del otro, así juntos podremos hallar la única verdad absoluta: “Dios”.

“Mi Padre es quien os da el verdadero Pan del cielo”

Para creer a Jesús, los judíos le exigían que hiciera algo extraordinario, pero Jesús a ellos les reclama la fe, fe gratuita y desinteresada, testimonial, como la que hemos contemplado en Esteban, fe que surge del verdadero encuentro con Cristo, el enviado del Padre. Al preguntarle, le recuerdan como sus padres, por medio de Moisés, comieron el maná en el desierto. Jesús les aclara: “No fue Moisés el que os dio el maná, fue mi Padre el que os da verdadero Pan del cielo. Jesús, sin duda, hace alusión al Pan de la Eucaristía. Él ha venido del cielo para ser alimento de nuestras almas, Pan que da la vida al mundo. Ellos contestan: “danos siempre de ese pan”.

También nosotros debemos pedir con fe: “Danos siempre de ese Pan”, nos acercamos a la Mesa Eucarística donde El se parte y comparte para darnos vida, pero muchas veces rutinariamente, con una fe lánguida. Pidamos con verdadera fe: “danos siempre de este pan”. Recibiéndole con fe se cumplirá en nosotros la promesa: “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día”. Misterio de fe: solo en y por Él encontraremos la vida eterna.



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominica del Rosario

Mié
25
Abr
2012

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

Hoy celebramos: San Marcos Evangelista (25 de Abril)

“Descargad en él todo vuestro agobio, que él se interesa por vosotros”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro 5, 5b-14

Queridos hermanos:

Revestíos todos de la humildad en el trato mutuo, porque Dios resiste a los soberbios, mas da su gracia a los humildes. Así pues, sed humildes bajo la poderosa mano de Dios, para que él, os ensalce en su momento. Descargad en él todo vuestro agobio, porque él cuida de vosotros.

Sed sobrios, velad. Vuestro adversario, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar. Resistidle, firmes en la fe, sabiendo que vuestra comunidad fraternal en el mundo entero está pasando por los mismos

sufrimientos. Y el Dios de toda gracia que os ha llamado a su eterna gloria en Cristo Jesús, después de sufrir un poco, él mismo os restablecerá, os afianzará, os robustecerá y os consolidará. Suyo es el poder por los siglos. Amén.
Os he escrito brevemente por medio de Silvano, al que tengo por hermano fiel, para exhortaros y para daros testimonio de que esta es la verdadera gracia de Dios. Manteneos firmes en ella.
Os saluda la comunidad que en Babilonia comparte vuestra misma elección, y también Marcos, mi hijo. Saludaos unos a otros con el beso del amor.
Paz a todos vosotros, los que vivís en Cristo.

Salmo

Sal 88, 2-3. 6-7. 16-17 R/. Cantaré eternamente tus misericordias, Señor

Cantaré eternamente las misericordias del Señor,
anunciaré tu fidelidad por todas las edades.
Porque dije: «La misericordia es un edificio eterno»,
más que el cielo has afianzado tu fidelidad. R/.

El cielo proclama tus maravillas, Señor,
y tu fidelidad en la asamblea de los santos.
¿Quién sobre las nubes se compara a Dios?
¿Quién como el Señor entre los seres divinos? R/.

Dichoso el pueblo que sabe aclamarte:
caminará, oh, Señor, a la luz de tu rostro;
tu nombre es su gozo cada día,
tu justicia es su orgullo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 16, 15-20

En aquel tiempo, se apareció Jesús a los once y les dijo:
«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación.
El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado.
A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos».
Después de hablarles, el Señor Jesús fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios.
Ellos se fueron a predicar el Evangelio por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban.

Reflexión del Evangelio de hoy

Celebramos hoy la fiesta de San Marcos, uno de los discípulos de Jesús, y compañero de predicación del Apóstol Pedro.

En la primera lectura de la primera carta de Pedro encontramos un bellissimo consejo de Pedro para todos los cristianos: Descargad en él todo vuestro agobio, que él se interesa por vosotros. Pedro ha hecho experiencia de lo que afirma y por ello, nos anima a tener la misma fe que él tiene: que hay Alguien en el que podemos descargar nuestro agobios, nuestras preocupaciones... Y no sólo es que las podemos descargar sino que, además, el se interesa por nosotros... No por nuestras preocupaciones, nuestro problemas... sino por nosotros. El problema no cambiará, la situación será misma, pero nuestra manera de afrontarla será diversa. Es decir, Dios se preocupa de nosotros, de nuestra vida...

Me parece también interesante resaltar las dos virtudes que nos propone Pedro a cultivar en nuestra vida cotidiana: la humildad y la perseverancia. ¿Por qué son importantes estas dos virtudes? La humildad nos permite vivir instalados en la realidad, en la Verdad, reconociendo aquello que hay y no aquello que no hay en la realidad. La humildad es una de las caras de la Verdad y una gran amiga para frenar aquellos pensamientos que nos hemos construido a nosotros mismo y que nos hacen la vida imposible... La humildad es un ejercicio difícil y que necesita resistencia, permanencia en la realidad. Ejemplo claro de estas virtudes las vemos en la cruz: Jesús aceptó la realidad tal y como era, permaneció en ella.

En el Evangelio encontramos, ciertamente, la conclusión del propio evangelio según san Marcos. Es una conclusión que nos remite propiamente a este tiempo de Pascua, que es el tiempo de los Apóstoles, de los hechos y palabras de los Apóstoles. Marcos, aunque no fue apóstol, sí que conoció de primera mano a Pedro y basado en esto, decidió escribir un evangelio para narrarnos quién es Jesús de Nazaret. En el fragmento de hoy, Marcos nos narra una aparición de Jesús a los 11, empujándoles a predicar el Evangelio a toda la creación y a hacer la mismas obras que Jesús hizo durante su vida. La Iglesia, la comunidad de creyentes, tiene la fuerza, el poder, el ministerio, el servicio, la orden... de predicar y hacer aquello que dijo e hizo Jesús. A pesar de nuestras debilidades como personas, Dios nos ha dado la

fuerza para llevar a cabo esta obra: el Espíritu. Sin el Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo... la Iglesia sería una simple multinacional con fecha de caducidad. Pero la Iglesia, a pesar de nuestros errores, es la que tiene que predicar a Jesucristo... sino ¿quién lo hará?



Fray José Rafael Reyes González
Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)

San Marcos Evangelista

Nos encontramos con la figura de Marcos en una escena que nos evoca la situación de la primera comunidad cristiana en Jerusalén. Pedro había sido apresado y encarcelado por Herodes en los días de los ácidos. Mientras estaba en la cárcel, la comunidad oraba insistentemente por él a Dios. La noche previa a su juicio público, fue liberado misteriosamente de la prisión por el ángel del Señor. Consciente de su situación, se dirigió a casa de María, madre de Juan por sobrenombre Marcos, donde se hallaban muchos hermanos reunidos en oración. El relato no deja de anotar el nombre de Rosa, la joven que bajó a abrir a Pedro la puerta de entrada (cf. Hch 12, 12).

Como era habitual, el hijo de aquella familia hospitalaria lleva dos nombres: Juan Marcos, el primero es de origen hebreo y el segundo, a modo de sobrenombre, de origen romano. Es bastante conocido a través de los escritos apostólicos, aunque nos quedan grandes lagunas sobre su vida y su actividad.

El evangelizador

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos dice que Bernabé y Saulo volvieron de Jerusalén a Antioquía trayéndose consigo a Juan, por sobrenombre Marcos (cf. Hch 12, 25). En esta ciudad, Bernabé y Saulo serían elegidos para llevar a cabo una misión evangelizadora. Bajaron, en efecto, a Seleucia y desde allí tomaron una nave hasta Chipre. Con ellos viajaba también Juan Marcos. Y con ellos atravesó la isla desde Salamina hasta Pafos (cf. Hch 13, 4-59). Desde allí volvieron al continente, desembarcando esta vez en Atalía –actual Antaliaque era el puerto natural de la ciudad de Perge. Pablo tenía la intención de subir a las ciudades de la meseta: Iconio, Listra y Derbe. Sin embargo, a Juan Marcos debió de parecerle excesivamente arriesgado aquel proyecto de misión y abandonó a Pablo y Bernabé para regresar a Jerusalén (cf. Hch 13, 13).

Cuatro años más tarde, tras el llamado Concilio de Jerusalén, Bernabé logró convencer a su pariente Marcos para que lo acompañara a Antioquía. Su presencia desata una discusión entre Pablo y Bernabé. El primero, que recuerda con desagrado el abandono de Marcos, inicia por su cuenta su segundo viaje misional que terminará llevándole a Tróade, Filipos, Atenas y Corinto. Mientras tanto, Bernabé acepta complaciente la compañía de Marcos y emprende con él un segundo viaje misional a la isla de Chipre (cf. Hch 15, 36-40).

Después de unos doce años, en los que nos es difícil rastrear su presencia, volvemos a encontrar a Marcos, esta vez en Roma, como lo atestigua la primera Carta de Pedro, en la que se le califica cariñosamente como hijo del príncipe de los apóstoles (cf. 1P 5, 13). Marcos, como reconoce toda la antigua tradición cristiana, es un atento discípulo y un estrecho colaborador del apóstol Pedro.

Al mismo tiempo, Pablo parece haber superado sus antiguos recelos respecto a Marcos. De hecho, en la Carta a Filemón (24) lo presenta entre los que colaboran con él durante su primera prisión en Roma. Más explícita es la Carta a los Colosenses, en la cual el autor envía saludos de parte de Marcos, primo de Bernabé, que junto con un tal Jesús, llamado «el Justo», colabora con él por el reino de Dios y constituye para él una fuente de consuelo. El autor de la carta no duda en recomendar a Marcos a la hospitalidad de los habitantes de Colosas (cf. Col 4, 10-11). Más tarde, durante su segunda cautividad en Roma, Pablo, ya cerca del final de su vida, ruega a Timoteo que traiga consigo —de Éfeso o de Macedonia, donde debía encontrarse— a Marcos, «pues le es muy útil para el ministerio» (2Tm 4, 11).

El evangelista

La tradición más antigua atribuye a Marcos la redacción del segundo de los Evangelios sinópticos. Este relato, dedicado a presentarnos «el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios» (Mc 1, 1), refleja con asombrosa fidelidad los rasgos humanos de Jesús y, a través de sus páginas, es posible intuir una larga y fiel convivencia del autor junto al apóstol Pedro.

Precisamente en este Evangelio encontramos un detalle que puede ser significativo sobre la identidad de su autor. La noche en que Jesús fue prendido en el huerto de los Olivos todos sus discípulos lo abandonaron y huyeron. Todos, excepto un joven que le seguía cubierto sólo con un lienzo. Cuando los guardias trataron de detenerlo, el joven dejando el lienzo, se escapó desnudo (cf. Mc 14, 51-52). Muchos comentaristas ven en este joven al mismo evangelista que podría haber tratado de seguir a Jesús en el momento de su detención. La posibilidad queda ahí, sugerente como una parábola. Si fuera verdadera, el joven Marcos sería para las comunidades cristianas antiguas y modernas todo un símbolo del seguimiento de Jesús a pesar de las dificultades y de la persecución.

Algunas tradiciones hacen de Marcos el fundador de la Iglesia de Alejandría. Cuando en el año 820 los comerciantes venecianos se llevaron a su ciudad los restos del evangelista, ya habían recibido veneración durante al menos cinco siglos en Bucles, en el litoral alejandrino. Sin embargo, otra tradición fundada en las Crónicas de Hipólito de Roma (siglo II) afirmaba que el cuerpo del evangelista había sido quemado después de su muerte.

Marcos, el joven seguidor clandestino de Jesús, educado en el hogar que acoge a la primerísima comunidad cristiana y discípulo de los dos grandes apóstoles, Pedro y Pablo, se muestra a todos los cristianos como modelo de escucha y transmisión de la palabra del Señor. Discípulo de los discípulos primeros, es para nosotros testigo de la fe en la divinidad de Jesucristo y en su humanidad salvadora.

Jue
26
Abr
2012

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua
Hoy celebramos: San Isidoro (26 de Abril)

“Sois la sal de la tierra y la luz del mundo ”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 2, 1-10

Yo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado. Me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Hablamos, entre los perfectos, una sabiduría que no es de este mundo ni de los príncipes de este mundo, que quedan desvanecidos, sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria. Ninguno de los príncipes de este mundo la ha conocido; pues, si la hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. Sino, como está escrito: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman.» Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu. El Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios.

Salmo

Sal 118, 99-100. 101-102. 103-104 R. Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero.

Soy más docto que todos mis maestros,
porque medito tus preceptos.
Soy más sagaz que los ancianos,
porque cumplo tus leyes. R.

Aparto mí pie de toda senda mala,
para guardar tu palabra;
no me aparto de tus mandamientos,
porque tú me has instruido. R.

¡Qué dulce al paladar tu promesa:
más que miel en la boca!
Considero tus decretos,
y odio el camino de la mentira. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 13-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: -«Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo.»

Reflexión del Evangelio de hoy

“Jesucristo... y éste crucificado”

Cuando en el día de la fiesta de San Isidoro, teólogo ilustre, impulsor de concilios a la hora de difundir y vivir el evangelio, oímos a San Pablo decir que “mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana... ni con sublime elocuencia”, puede uno quedar despistado, pues tanto uno como el otro pusieron a favor del evangelio, de manera total, sus dotes intelectuales y todos sus recursos humanos, que no fueron pocos. Pusieron a trabajar sus muchos y potentes talentos recibidos en su misión evangelizadora.

Es cierto que lo hicieron sin desvirtuar ni una coma el núcleo central del evangelio, no rebajaron nunca la cruz de Cristo, nunca bajaron a Cristo de la cruz, nunca limaron algunas actitudes fuertes de Jesús, nunca falsificaron las palabras de Jesús sobre el amor, el perdón, la justicia, las bienaventuranzas, nuestro destino final... San Pablo y San Isidoro, con su ejemplo, nos invitan a predicar el evangelio con todos los recursos humanos y divinos que hayamos recibido, sabiendo siempre que “Pablo plantó, Apolo regó, pero el que da el crecimiento es Dios”.

“Sois la sal de la tierra y la luz del mundo”

En la misma línea de San Pablo, Jesús para que potenciemos y no desvirtuemos el tesoro recibido, nos dice que somos “la sal de la tierra y la luz del mundo”. Si somos sal y luz no podemos ser sus contrarios. Si la sal deja de cumplir su misión que es salar, si a la hora de presentar y vivir el evangelio no lo vivimos y presentamos como buena noticia, como lo que da vida... hay que tirar esa sal y ese evangelio, porque han dejado de ser sal y evangelio. Algo parecido ocurre con la luz. La luz por sí misma es para alumbrar, para iluminar, nunca para oscurecer, enturbiar, entenebrecer. Por eso nunca la luz, el evangelio, ha de esconderse e impedir que cumpla su misión de alumbrar. Nuestra vida, nuestras palabras y nuestras obras deben ser luz, que disipen las tinieblas de muchos corazones y acepten a Jesús, “la luz del mundo” y los hombres “den gloria a vuestro Padre que está en el cielo”, y encuentren así el sentido y la esperanza que todos deseamos.

San Isidoro (560-636), canonizado por Inocencio XIII en 1598 y declarado doctor de la iglesia en 1722. Sucedió a su hermano san Leandro en la sede arzobispal de Sevilla. Recopiló y organizó el saber de su tiempo. En su celo evangelizador, presidió los sínodos de Sevilla (619) y IV de Toledo (633). Realmente se le pueden aplicar las palabras de Jesús. Fue “sal de la tierra y luz del mundo”.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

San Isidoro

Obispo de Sevilla
Sevilla, 560 - Sevilla, 23-abril-636

El varón más docto de su tiempo. Hermano menor de San Leandro de Sevilla, a quien sucedería en la sede (600), Isidoro nació el año 560 en el seno de una familia romana de Cartagena (actualmente, en la Región de Murcia, España), ciudad entonces controlada por los bizantinos de Justiniano, que hubo de emigrar a Sevilla. Allí vio la luz y, con toda probabilidad, recibió la formación de su mismo hermano Leandro, a quien, junto con su hermana mayor Florentina, fue confiado por los padres, fallecidos cuando él era todavía un niño. Alcanzó en poco tiempo incomparable erudición y dominio completo de las tres lenguas entonces sagradas, a saber: el hebreo, el griego y el latín, así como de cuanta literatura, ya clásica, ya patrística, se había salvado hasta entonces. Isidoro es el último de cuatro hijos que llegaron a ser, andando el tiempo, o monjes o clérigos: su hermana Florentina fue monja de clausura, y sus hermanos Leandro y Fulgencio, obispos, respectivamente, de Sevilla y de Écija, en la Bética, la más romanizada de las provincias de España.

Una antigua y discutida tradición lo hace monje. Tal vez completase su formación en un monasterio, aunque sin llegar a ser monje, o quién sabe si a la sombra de su hermano Leandro en la escuela episcopal sevillana. Hay quien sostiene que, a los 30 años Isidoro habría asumido la dirección de aquel monasterio sevillano. Lo que de cierto sabemos es que, ya obispo, se entregó a un intenso trabajo pastoral dirigido al clero diocesano y, más tarde, gracias sin duda a la difusión que sus escritos alcanzaron, al de toda España. Hombre de Iglesia y a la vez de Estado, Isidoro de Sevilla disfrutó de un gobierno pastoral pacífico, y la estrecha relación con los reyes visigodos le permitió colaborar activamente con Sisebuto, Sisenando y Suintila en la estabilidad del reino.

Presidió el II Concilio de Sevilla (619) y fue asimismo presidente y animador del IV de Toledo (diciembre del año 633), básico en la renovación de la Iglesia hispana: sus actas son una suerte de carta ideal de la Iglesia visigoda y de sus relaciones con la monarquía. Dedicado al estudio y a la composición de numerosos escritos, amigo íntimo de San Braulio de Zaragoza, que siempre estuvo pronto a profesarle extraordinaria veneración, gozó de excelente salud mental hasta el fin de sus días. No así de la física, pues acabó casi paralítico. Isidoro de Sevilla, el más grande escritor de su tiempo, murió el 23 de abril del año 636, fecha tope de la patrística latina. Era entonces reconocido como el varón más docto del siglo, el restaurador de la vida eclesiástica de España, el organizador de más prestigio en todo el Occidente de su tiempo.

El VIII Concilio de Toledo (653) le rindió subidas alabanzas reconociendo públicamente su talla moral y cultural: egregio doctor de nuestro siglo, novísimo y doctísimo adorno de la Iglesia católica son, entre otras, algunas de esas perlas conciliares. El cristianismo lo venera como a Padre y Doctor de la Iglesia. Sus restos fueron trasladados el año 1063 a León, en cuya iglesia homónima recibe hoy culto. La Iglesia universal incluyó expresamente su nombre en la lista oficial de los padres doctores latinos el año 1722. Aún se conserva la inscripción rítmica del sepulcro común de Leandro, Florentina e Isidoro.

Pedro Langa O.S.A.

Vie
27
Abr
2012

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

“El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 9, 1-20

En aquellos días, Saulo, respirando todavía amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, autorizándolo a traerse encadenados a Jerusalén a los que descubriese que pertenecían al Camino, hombres y mujeres.

Mientras caminaba, cuando ya estaba cerca de Damasco, de repente una luz celestial lo envolvió con su resplandor.

Cayó a tierra y oyó una voz que le decía:

«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?».

Dijo él:

«¿Quién eres, Señor?».

Respondió:

«Soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer».

Sus compañeros de viaje se quedaron mudos de estupor, porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Lo llevaron de la mano hasta Damasco. Allí estuvo tres días ciego, sin comer ni beber.

Había en Damasco un discípulo, que se llamaba Ananías. El Señor lo llamó en una visión:

«Ananías».

Respondió él:

«Aquí estoy, Señor».

El Señor le dijo:

«Levántate y ve a la calle llamada Recta, y pregunta en casa de Judas por un tal Saulo de Tarso. Mira, está orando, y ha visto en visión a un cierto Ananías que entra y le impone las manos para que recobre la vista».

Ananías contestó:

«Señor, he oído a muchos hablar de ese individuo y del daño que ha hecho a tus santos en Jerusalén, y que aquí tiene autorización de los sumos sacerdotes para llevarse presos a todos los que invocan tu nombre».

El Señor le dijo:

«Anda, ve; que ese hombre es un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre a pueblos y reyes, y a los hijos de Israel. Yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre».

Salió Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y dijo:

«Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció cuando venías por el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno de Espíritu Santo».

Inmediatamente se le cayeron de los ojos una especie de escamas, y recobró la vista. Se levantó, y fue bautizado.

Comió, y recobró las fuerzas.

Se quedó unos días con los discípulos de Damasco, y luego se puso a anunciar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios.

Salmo

Sal 116, 1. 2 R/. Id al mundo entero y proclamad el Evangelio

Alabad al Señor, todas las naciones,
aclamadlo, todos los pueblos. R/.

Firme es su misericordia con nosotros,
su fidelidad dura por siempre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 52-59

En aquel tiempo, disputaban los judíos entre sí:

«¿Cómo puede este darnos a comer su carne?».

Entonces Jesús les dijo:

«En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún.

Reflexión del Evangelio de hoy

Nos vamos acercando al meridiano de este tiempo de reflexión, conversión y alegría que es el tiempo Pascual y que va discurriendo lentamente hacia Pentecostés.

Son jornadas para experimentar que vamos en el camino correcto y que por supuesto tenemos el apoyo de nuestros hermanos y hermanas para encontrar la forma de poner en práctica todo aquello que, hasta el momento de su muerte, Jesús fue capaz de enseñarnos.

Tras la experiencia de Dios tan intensa vivida durante la Pascua de Resurrección tenemos ocasión de adentrarnos en nosotros mismos de una forma reflexiva, orante, individual, al igual que Saulo. La primera lectura nos relata el conocido pasaje de su conversión. Despojando el relato nos encontramos que Saulo se enfrenta a un periodo de ceguera, de una ceguera exterior que le sirve para mirar en su interior, para no distraerse con todo aquello que durante tanto tiempo le ha llevado a ser perseguidor de los que creían en una nueva forma de entender la vida. Saulo es “castigado” a

reflexionar en el silencio, en la oscuridad, en la inmovilidad. No hay nada exterior que pueda perturbar su interiorización. Y de esa profunda reflexión surge su cambio. Sus ojos se abren a un mundo nuevo, rompe sus esquemas y se encuentra ante la novedad del mensaje de Jesús, encuentra su experiencia de Dios. Nosotros también tenemos esa posibilidad. En momentos de vulnerabilidad y debilidad, volvamos a nuestro interior, a la ceguera exterior, para que nada ni nadie nos perturbe en reencontrarnos con esa nueva forma de entender la vida.

De algún modo es el mensaje que desde el Evangelio también se nos presenta. La nueva vida que necesitamos para que el mundo siga adelante parte de una experiencia de Dios. Como seres vivos, necesitamos de la fuerza del alimento, digerir aquello de lo que nos alimentamos y que nos siente bien. De igual forma el pan de vida. Ese pan es nuestra energía, nuestra forma de olvidarnos de todo aquello que nos aleja de nuestros hermanos, los que comen y beben día a día con nosotros, a los cuales muchas veces ignoramos. Necesitamos aprender a romper las cadenas que nos atan a este mundo para poder caminar juntos hacia adelante, alimentados con el verdadero pan de vida.

Somos lo que comemos y bebemos.



Comunidad El Levantazo
Valencia

Sáb
28
Abr
2012

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

“Las palabras que os he dicho son espíritu y vida”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 9, 31-42

En aquellos días, la Iglesia gozaba de paz en toda Judea, Galilea y Samaría. Se iba construyendo y progresaba en el temor del Señor, y se multiplicaba con el consuelo del Espíritu Santo.

Pedro, que estaba recorriendo el país, bajó también a ver a los santos que residían en Lida. Encontró allí a un cierto Eneas, un paralítico que desde hacía ocho años no se levantaba de la camilla.

Pedro le dijo:

«Eneas, Jesucristo te da la salud; levántate y arregla tu lecho».

Se levantó inmediatamente. Lo vieron todos los vecinos de Lida y de Sarón, y se convirtieron al Señor.

Había en Jafa una discípula llamada Tabita, que significa Gacela. Tabita hacía infinidad de obras buenas y de limosnas. Por entonces cayó enferma y murió. La lavaron y la pusieron en la sala de arriba.

Como Lida está cerca de Jafa, al enterarse los discípulos de que Pedro estaba allí, enviaron dos hombres a rogarle: «No tardes en venir a nosotros».

Pedro se levantó y se fue con ellos. Al llegar, lo llevaron a la sala de arriba, y se le presentaron todas las viudas, mostrándole con lágrimas los vestidos y mantos que hacía Gacela mientras estuvo con ellas. Pedro, mandando salir fuera a todos, se arrodilló, se puso a rezar y, volviéndose hacia el cuerpo, dijo:

«Tabita, levántate».

Ella abrió los ojos y, al ver a Pedro, se incorporó. Él, dándole la mano, la levantó y, llamando a los santos y a las viudas, la presentó viva.

Esto se supo por todo Jafa, y muchos creyeron en el Señor.

Salmo

Sal 115, 12-13. 14-15. 16-17 R/. ¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?

¿Cómo pagaré al Señor
todo el bien que me ha hecho?

Alzaré la copa de la salvación,
invocando el nombre del Señor. R/.

Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo.

Mucho le cuesta al Señor
la muerte de sus fieles. R/.

Señor, yo soy tu siervo,
siervo tuyo, hijo de tu esclava:
rompiste mis cadenas.
Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando el nombre del Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 60-69

En aquel tiempo, muchos de los discípulos de Jesús dijeron:

«Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?».

Sabiendo Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo:

«¿Esto os escandaliza?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y, con todo, hay algunos de entre vosotros que no creen».

Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar.

Y dijo:

«Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede».

Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él.

Entonces Jesús les dijo a los Doce:

«¿También vosotros queréis marcharos?».

Simón Pedro le contestó:

«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios».

Reflexión del Evangelio de hoy

La Iglesia iba creciendo y multiplicándose, animada por el Espíritu

La Iglesia iba creciendo y multiplicándose, animada por el Espíritu . Una Iglesia que vivía con paz, paz que acompañaba la predicación de comunidad primitiva, y en el caso de hoy de la predicación de Pedro.

En este pasaje de los Hechos de los Apóstoles se nos presentan dos milagros, dos curaciones que Pedro realiza siempre en nombre de Jesús. Dos milagros semejantes a otros dos de Jesús. Pedro cura a un paralítico y Jesús en el evangelio de Marcos 2,1-12 también. Jesús resucita a la hija de Jairo y aquí vemos la resurrección de Tabita, discípula de Jafa, mujer de ilusiones y buenas obras. Pedro, ante las lagrimas de las viudas y en su empeño de dar a conocer a Jesucristo como Vida eterna, en su nombre la devuelve a la vida, la resucita. Dos curaciones que nuevamente provocan conversiones. Vuelve la luz al mundo, el cuerpo resucitado. Las buenas obras de la mujer son las que ejercen tanto poder, las que son recompensadas.

“Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y con todo, algunos de vosotros no creen... No pueden venir a mi si el padre no se lo concede.”

Que difícil es a veces el lenguaje y los gestos de Jesús para nuestro entendimiento. Jesús nos lleva siempre a cosas superiores, a dar un salto a la verdadera vida. Nuestro corto entender se queda solo en lo material, en lo que se ve y se toca, como los discípulos al oírle el discurso sobre el Pan de Vida. Se encuentran totalmente incapaces de entender, razonar esas palabras, llenas a simple vista de locura.

Pero a Jesús no le coge por sorpresa esta actitud de abandono e incompreensión. Conoce a cada hombre y sus opciones secretas. Adherirse a su persona y a su mensaje en la fe es un don que nadie puede darse a si mismo. Solo el Padre lo da. El hombre que tiene en sus manos su propio destino, es siempre libre de rechazar el don de Dios y la comunión con Jesús. Solo quien ha nacido y ha sido vivificado por el Espíritu, comprende la revelación de Jesús y es introducido en la vida de Dios, descubriendo poco a poco su Misterio.



Monasterio Sta. María la Real - MM. Dominicas
Bormujos (Sevilla)

